

no son de fiar (p. 33). Igual se diga de otras muchas afirmaciones que están apoyadas más o menos en el mismo principio: no fiabilidad para la presencia de Pablo en la lapidación de Esteban (p. 48), para su vinculación a Bernabé en la predicación de Antioquía (p. 65), para su papel más bien informativo en la asamblea de Jerusalén (p. 72), etc. También me parece desmesurada esa libertad que supone en otras narraciones de los Hechos, v. gr. en los relatos a partir de la prisión en Jerusalén (Act. 21, 27-28, 30): «esa larga serie de prolijos relatos... corresponden a la obra literaria del narrador... que quiere poner ante los ojos de los lectores de su tiempo, en unos cuadros impresionantes, las relaciones entre cristianismo y judaísmo en la conducta misma del insigne preso... habiendo utilizado para la narración dramatizada del viaje hasta Roma un material literario no circunscrito a Pablo en su forma original, completándolo de la manera más oportuna, tal como por otra parte sabemos de la literatura helenista novelesca y de viajes» (pp. 149-153). ¿Hay base objetiva suficiente para esas afirmaciones?

L. Turrado

## 2) DOGMÁTICA

Ch. Duquoc, *Dios diferente. Ensayo sobre la simbólica trinitaria*, Trad. de A. Ortiz, Verdad e Imagen 56 (Salamanca, Ediciones Sígueme 1978) 120 pp.

Pequeño libro donde, con sobriedad expositiva y enorme poder de evocación, desde los fundamentos históricos del cristianismo y la problemática del hombre actual, se realiza un juicio de condena contra el Dios de la tradición filosófico-teológica. Reo es el «absoluto», un tipo de Dios edificado por el pensamiento filosófico-religioso, con independencia de Jesús y de su praxis (pp. 18-26). El juicio abierto comenzó ya en tiempo de Arrio y recibió su primera sentencia en Nicea; Arrio identificaba a Dios con el ser supremo de la metafísica griega, de tal manera que el hecho y figura de Jesús se convertía en dato secundario, al condenar como herejía esa postura, fijando su fe en el «homousios», la Iglesia declaró que es imposible desligar a Dios de Jesucristo (pp. 27-38). En esta perspectiva se sitúa la visión del evangelio: Jesús no ha predicado ningún tipo de Dios como entidad suprema; le ha expresado en una acción liberadora (desde el transfondo de un Espíritu Santo concebido como energía de transformación) y le ha invocado íntimamente como a Padre (pp. 39-51). En esta línea se interpreta y recupera la historia israelita: frente a quienes consideran el antiguo testamento como documento doctrinal que ha fijado la imagen de Dios, Jesús lo entiende como testimonio de una acción liberadora donde Dios aparece básicamente como fuente y poder de libertad (pp. 52-66). Partiendo de aquí se interpreta la fe del nuevo testamento y de la iglesia antigua: el símbolo trinitario es la expresión de aquella voluntad radical de no separar a Dios de la acción liberadora de Jesús y del poder transformante del Espíritu (pp. 67-77).

Hasta aquí la línea expositiva del Duquoc, con su intento por destacar lo que podríamos llamar la gran esquizofrenia del pensamiento cristiano. a) Por un lado, el Nuevo Testamento, la liturgia y la misma fe primitiva han combatido la existencia de una especie de «absoluto divino» independiente de Jesús y de su obra; de Dios sólo se habla en un contexto de